

# PINOCHO

AÑO VII  
NUM. 347

25 cts

11 OCTUBRE  
1931



- CURRINCHE; ¿NO TE GUSTARÍA TENER ALAS Y VOLAR..VOLAR?  
- YA LO CREO..... SI NO HUBIERA CAZADORES!



# **COLORON Y SU PANDILLA**



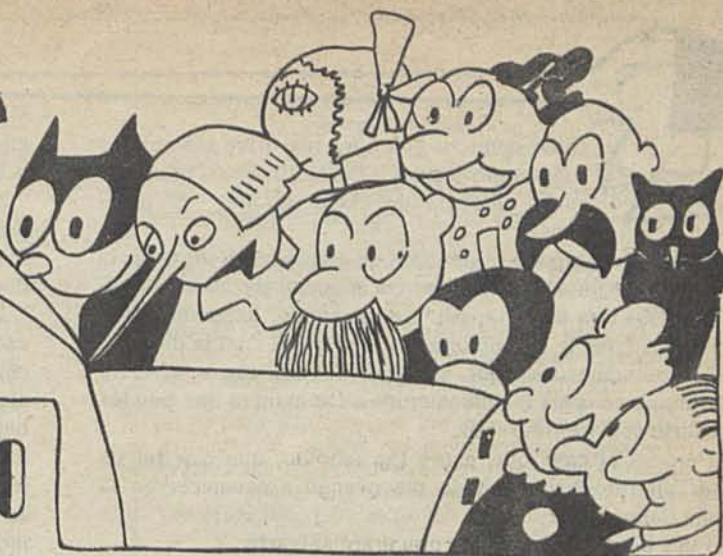
## **DON KATITE**





# CUENTO DE CALLEJA

## POR CUIDAR UN JILGUERO



UNA vez había un muchacho llamado Roberto que tenía dos hermanas. Él era tan compasivo y bueno como sus hermanitas traviesas y de mal corazón.

Como cogieran un pajarillo lo maltrataban de mil modos, ya atándole una cuerda a una patita, ya arrancándole las plumas y dejándole morir de hambre. En cambio, Roberto, que era el menor de los hermanos, como pudiera libertar al pajarillo prisionero, no tardaba en verse libre y volando en su elemento natural.

Cierto día cayó en manos de sus hermanas un hermoso jilguero de vivos colores, y en cuanto le cogieron comenzaron a maltratarle, sin hacer caso de sus píos lastimeros.

—Mira—decía una hermana a otra—, no le debemos dar de comer hasta que aprenda a coger los cañamones con la mano.

—Ni de beber—añadía la otra—, hasta que suba con el pico el pozalito que hemos hecho.

—Eso, eso—gritaba con mucha alegría la primera, sin hacer caso del pobre animal, cuyo corazoncito palpitaba angustiado por la mano que lo aprisionaba.

Le encerraron en una jaula y allí le dejaron; pero Roberto le había visto, y aprovechando un descuido de sus hermanas, abrió la puerta de la jaula, y colocándola en el balcón, le dejó libre de marchar donde quisiera. El jilguero dió dos o tres saltitos sobre la barandilla del balcón, agitó su colita y, echando mano de las mejores notas de su garganta, cantó sus trinos más hermosos, y levantando el vuelo desapareció rápidamente.

Aquella noche las hermanas, enteradas del caso, se irritaron mucho y arrojaron de la casa al niño, diciéndole:

—Anda, vete donde está tu pájaro, a ver si él te mantiene.

El pobre Roberto lloró al abandonar la casa donde habían muerto sus padres, y emprendió su camino a la ventura, sin más confianza que la que tenía en la protección divina.

Aquella noche llegó a un bosque, y hacinando una porción de ramas secas se acostó sobre ellas, y durmió como duermen los ángeles y todo el que tiene limpia la conciencia.

Al amanecer, un alegre canto le despertó; y al fijarse de dónde partía, vió en la rama de un árbol próximo al jilguero que el día anterior libertara, y que con sus gorjeos parecía darle la bienvenida.

Apenas reparó el pajarillo en que Roberto le había visto, voló presuroso a su nido y volvió con su esposa la jilguera, que, llena de gratitud, también le saludó cariñosamente.

—Muchas gracias, pajaritos—dijo Roberto—; pero aquí me tenéis con más hambre que un segador y sin saber cuándo ni dónde probar bocado.

—¡Ven!, ¡ven!, ¡ven!—pieron los jilgueros.

Y Roberto les siguió. Los pajarillos hubieran querido llevarle sobre sus alas; mas ya que eso no era posible, le guiaban dando vuelos de árbol en árbol, y hasta los jilguerillos desde el nido saludaban al salvador de su padre pidiendo cariñosamente, como diciendo: «¡Adiós!, ¡adiós!»

A poco llegó Roberto a un paraje situado en lo más escondido del bosque; allí un hermoso manzano cargado de fruta convidaba a un tiempo a refrescar la boca y a contentar el estómago. Satisfecho el apetito, dió gracias Roberto a las avecillas, y el jilguero, antes de marcharse, se arrancó una plumita de la cola, y entregándosela a Roberto, le dijo:

—¡Guárdala!, ¡guárdala!, ¡guárdala!

—¿Qué querrá ese animalito que haga yo con su pluma?—se preguntó Roberto—. No sirve para escribir, porque es muy







chica; como no sea para rascarme las narices cuando me piquen... Pero, en fin, la guardaré como recuerdo de estos agradecidos pajaritos.

Después de despedirse de ellos se encaminó Roberto a la ventura, y por fin aquella noche, encaramándose en un árbol vió a lo lejos una lucecita. Allá se encaminó, llegando a una cabaña en la que le recibió una pobre vieja, la cual le dijo:

—No permanezcas aquí, porque en esta choza vive un gigante que se come los niños crudos. De manera que puedes marcharte con viento fresco.

—Pero es el caso que estoy tan rendido, que con tal de dormir un rato bajo techado me avengo a amanecer en la barriga del gigante.

—Pues bien; quédate, y yo procuraré salvarte.

Se acostó Roberto, y a media noche oyó la voz del gigante que decía:

—A carne fresca huelo, y dame de cenar ese niño.

La vieja le contestó:

—Lo que hueles es una onza de carne de ternera que hay a dos leguas de aquí.

—No creí tener tan buen olfato; pero lo cierto es que me comía aunque fuera una encina frita.

Asustado Roberto, se acordó de la plumita del pájaro, y sacándola del bolsillo, preguntó:

—¿Para qué me servirás, plumita?

Se oyó una vocecilla casi imperceptible que salía del cañón de la pluma y que decía:

—Sirvo para salvarte. Cuando te coja el gigante le dices que quieres ver el pozo donde echa los huesos, y al acercarte te dejas caer al fondo; yo haré que caigas sin hacerte daño. Lo demás corre de mi cuenta. Ahora come y bebe para adquirir fuerzas.

De la plumita comenzaron a salir unos pastelitos muy pequeños, que, como si fueran de goma, se inflaban hasta tomar el tamaño de los mayores. Roberto los saboreó con delicia, y luego bebió con avidez el chorrito de agua cristalina y fresca que salió detrás de los pasteles.

El gigante dijo de pronto:

—Te digo que huele a carne fresca. Y dando un empujón a la vieja, descubrió al chico, que estaba oculto tras un jergón.

—Amiguito —dijo el gigante—, eres un pajarito precioso; pero, con todo, voy a ponerte con tomate.

Al cogerle el gigante dió un grito Roberto.

—¡Qué bien canta el animalito!—dijo aquél; —pero mejor cantará en mi barriga.

Roberto le dijo entonces:

—¿Por qué no me

enseñas el pozo donde echas los huesos?

El gigante lo llevó al pozo y le dijo:

—Ahí irán los tuyos dentro de un rato.

Pero Roberto se dejó caer, y la plumita se convirtió en un par de alas que le permitieron bajar sin hacerse el menor daño. Cuando Roberto llegó al fondo se encontró en un hermoso país lleno de árboles y flores. Mil pájaros cantaban en la enramada. Una bandada de jilgueros salió a recibirle y le dijo:

—Ya sabemos lo que has hecho con nuestro hermano, y hemos de recompensarte. Toma estas dos plumitas para tus hermanas, y conserva para ti esta avellana y la plumita que te dió nuestro hermano.

Y después de esto se marcharon piando. Roberto deseó volver a su casa, y la pluma se convirtió en una soberbia carroza tirada por dos caballos que en un momento le condujeron a su casa.

Sus hermanas le recibieron dando voces y diciéndole que se volviera por donde había venido; mas en cuanto les dijo que les traía unos regalitos, comenzaron a decirle.

—Si lo que nos traes es bonito, te perdonamos; y si no, te mataremos a golpes.

El pobre muchacho sacó las dos plumitas que los jilgueros le regalaron y entregó una a cada hermana; más apenas éstas las vieron, las tiraron al suelo llenas de ira.

—¡Granuja! ¿Conque has venido a burlarte de nosotras?—exclamaron.

Y cogiendo un palo cada una, quisieron apalearlo a su hermanito; pero las plumas que estaban en el suelo se convirtieron en dos formidables garrotes que comenzaron a solfear en las costillas de las perversas hermanas, hasta que Roberto le pidió a su plumita que las perdonase, y en el acto cesó el terrible vapuleo.

Después sacó del bolsillo la avellana y la partió sobre la mesa, y ¡oh sorpresa!, de allí comenzaron a salir monedas de oro, hermosísimos trajes, mil juguetes y otras cosas a cual más lindas. Las hermanas se precipitaron a cogerlos; pero los garrotes comenzaron a funcionar de nuevo y no las dejaban acercarse.

Por fin, tanto suplicó Roberto a su plumita, que los palos desaparecieron y las hermanas fueron perdonadas, ofreciendo no volver en su vida a hacer daño a los pajaritos.



FIN





— 16 —

—Que antes de alejarnos de estos sitios debemos intentarlo todo para salvarle—respondió el mayor de los dos hermanos—. Si no hacemos lo posible, el honor de los cazadores de las praderas quedará manchado. ¡John, hay que procurar salvarle!



— 9 —

parando de golpe su caballo—. ¡Esos animales no suelen servirse de los rifles! ¿Qué decís a esto, milord?

—Que en un país de caza como éste, no ser extraño un tiro—respondió tranquilamente el inglés.

—¿Y podríais decirme, milord, quién lo ha disparado?

—¡A mí no importarme eso!

—¿Ni aunque hubiera sido un indio en vez de un cazador?

—¡No importarme, repito!

—A vos no os importará; pero a nosotros mucho, señor mío. Debo recordaros que estamos cazando en el territorio de los *sioux*.

El inglés se encogió de hombros, como tenía por costumbre.

—¿Qué hacemos, John?—preguntó Harris—. Creo que no sería prudente acampar sin haber encontrado antes al autor del disparo.

—¡Adelante!—dijo el *indian-agent*—. Quiero ver lo que ha sucedido. Tú, Harris, tienes razón, y alabo tu prudencia.

Los cuatro cazadores partieron en la dirección en que se había oído el disparo; pero apenas habían recorrido unos quinientos metros, volvieron a pararse a un grito lanzado por John. Ante ellos se levantaba una verdadera nube de aves de rapiña, que, después de revolotear dando graznidos alrededor de los jinetes, desaparecieron en varias direcciones.

—¡A tierra todos, y dispuestos a hacer fuego!—gritó John—. ¡Por aquí hay un cadáver!

Tomó las bridas de su caballo, y se aventuró por entre las altas hierbas.

— 12 —

—¡John!... ¡Harris!... ¡Jorge!...—murmuró con voz débil.

—¡Pobre amigo!—dijo conmovido John—. ¿Quién te ha puesto así?

Un relámpago de furor brilló en los ojos del desgraciado.

—¡Minnehah!—dijo en seguida.

—¡Me lo había figurado! ¡La terrible hija de la *sakem* de los *sioux* continúa su venganza contra los matadores del *Pájaro de la Noche* y de su madre!

—¡Sí, John!—añadió el infeliz torturado con voz apenas inteligible.

—¿Tú combatías con nosotros en la garganta del *Funeral* a las órdenes del coronel Devandé?

El herido hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¡Aquella canalla india ha jurado arrancar la cabellera a cuantos tomaron parte contra ellos en la lucha!—añadió John, secándose el sudor frío de la frente—. Me lo han dicho. ¡He cometido una gran imprudencia aventurándome otra vez en el Wyoming! ¡Y todo por culpa de este inglés y de sus bisontes!

En aquel momento el herido levantó trabajosamente un brazo, como para llamar la atención del *indian-agent*.

—¡Yo muero!—dijo con voz apenas perceptible.

Parte corriendo... avisa al general Custer... que *Sitting Bull*... ha desenterrado... el hacha de guerra... que los *sioux* acuden de todas partes!... ¡Corre!... ¡Bud Turner debe de haber sido muerto!...

—¿Bud Turner has dicho?—preguntó el *indian-agent*—. ¿Estaba contigo?

—Sí.



hombre. Así venga a su hermano, al que nosotros fusilamos en la garganta del *Funeral* durante la primera insurrección de las cinco naciones indias. ¿Te acuerdas, Harris?

—¡Como si hubiera sido ayer!—respondió el cazador con voz apagada—. Nosotros no hicimos más que obedecer las órdenes del coronel Devandel. ¡Triste noche!—dijo el *Indian-agent*. ¡Bien, cara la pagamos luego!

En aquel momento resonó cerca de ellos un débil gémido.

Los cuatro hombres se miraron espantados unos a otros; pero bien pronto John se acercó al mar-tirizado, que había levantado penosamente la cabeza.

—¡Vive, vive!—gritó John—. ¡Socorramosle, amigos!

Empuñó el machete para cortar las ligaduras que le ataban al palo, y al mirar su rostro se le escapó otro grito de asombro.

—¡Hills! ¡Gran Dios! ¿No me engañó? ¡Mirale, Harris!

—¡Sí, es el cazador de Kampal!—exclamaron a una los dos hermanos—. ¡Desgraciado!

En pocos momentos y con grandes precauciones desataron a aquel desventurado y le tendieron sobre una manta.

John vertió en sus labios algunas gotas de *whiskey* mezclado con agua.

Aquel líquido produjo su efecto galvanizador en el moribundo.

Sus entornados ojos se abrieron, fijándose primero en el *Indian-agent* y luego en los dos hermanos.

— 11 —

A los veinte o veinticinco pasos se paró de nuevo, lanzando un grito de horror.

—¡Ah, miserables!—exclamó—. ¡Esta es la señal de la guerra! Los *síoux* han desenterrado la flecha sagrada, y Sitting Bull (*Toro Sentado*) se ha lanzado a la campaña!

En un pequeño espacio que las hierbas dejaban libre se alzaba un poste de madera, y atado a él estaba un hombre blanco completamente desnudo y cubierto de sangre que le manaba del cráneo, del cual le habían arrancado la cabellera.

Tenía clavadas tres flechas en el lado izquierdo del pecho, debajo del corazón.

John, presa de una emoción vivísima, saltó de su caballo, y, lanzándose hacia aquel desgraciado, trató de acercarse a él; pero apenas había dado tres pasos, quedó inmóvil por el terror.

En el pecho del infeliz martirizado había visto dibujado con sangre un pájaro con las alas desplegadas.

—¡El *totem* de Minnehaha!—exclamó—. ¡La terrible hija de Jalta ha sido la que le ha arrancado la cabellera! ¡Si se halla aquí con sus guerreros, estamos perdidos!

Harris, Jorge y el inglés, que se habían acercado conduciendo sus caballos, oyeron las últimas palabras de John, y si milord no comprendió su alcance, los otros dos lo entendieron perfectamente.

—¡Otro desgraciado martirizado por esa tigresa de Minnehaha!—exclamó Harris, pálido de terror—. Pero ¿habrá sido ella?

—Sí; no tienes más que ver el *Pájaro de la Noche* dibujado por esa infame en el pecho de ese pobre

— 10 —

—¡Ese hombre extraordinario no puede haber sido muerto! ¡Sin duda, ha huido! ¡Dimelo, Hills!

En vez de responder, el moribundo añadió, lanzando miradas que ya no tenían luz ni vida:

—¡Custer..., avísale..., acompaña en el Blossse..., corre, John..., lo veo..., están en acecho..., acecho..., emboscada..., ¡Eso, emboscada...,!

—¿Tienden una emboscada a la columna del General?

Hizo Hills un signo afirmativo, y luego trató de hablar nuevamente; pero, acometido de una convulsión violenta, cayó como herido por el rayo. Sus piernas y sus brazos temblaron algunos segundos, y después quedaron inmóviles y rígidos.

El pobre cazador había muerto.

—¡Muerto!—exclamó John con voz cavernosa—. ¡Imposible que este hombre pudiera sobrevivir a tan espantosas heridas! ¡Perros indios! ¡Juro que han de pagarme esta muerte!

—¡Ha muerto, ¿verdad?—preguntó el inglés, que durante la anterior escena había conservado una impasibilidad repugnante—. Ahora, mister John, es preciso pensar en los bisontes. Yo no quiero que se escapen.

El *Indian-agent* lanzó sobre el egoísta una mirada feroz, diciendo en seguida:

—¡Podéis buscarlos, si os place; yo tengo otra cosa que hacer en este momento!

—¡Es que yo os pago un sueldo!

—Y yo estoy dispuesto a retribuirlo, milord.

—¡Como!—exclamó el inglés—. ¿Usted romperá el contrato? ¡Recurriré al embajador de Inglaterra en Washington, y usted será preso!

— 14 —

—Podéis montar a caballo y marchar a Washington, milord—contestó el *Indian-agent*, volviéndole la espalda—; pero tened en cuenta que los indios infestan las praderas, y que vuestra cabellera peligra. Minnehaha os la arrancará.

—¡Minnehaha!—dijo el lord—. ¿Ser hombre o mujer?

—Mujer india—contestó Harris.

—¿Y vosotros tener miedo de ella?

—Ha arrancado la cabellera a ese infeliz, y os aseguro que era un hombre valiente.

—¿Ser esa mujer una bestia feroz?

—¡Un tigre!

—¿Sí? ¿Yo ser contento de verla! ¿Dónde la encontraré?

—¡Milord—dijo John con voz grave—, no cometáis una imprudencia loca! Si estimáis vuestra piel, huid de Minnehaha. Por otra parte, la pradera arde en estos momentos, y se impone una pronta retirada hacia el Sur. Dejad que los bisontes continúen su emigración, y pensemos sólo en poner a salvo nuestra cabellera y a la columna del general Custer.

—¿Custer? ¿Otro indio?

—No; un general americano que corre el peligro de ser asesinado con todas sus tropas. ¡A caballo, milord! ¡No hay que perder un instante!

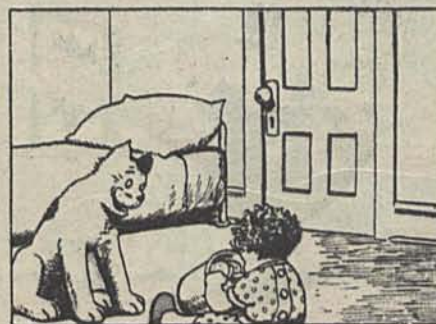
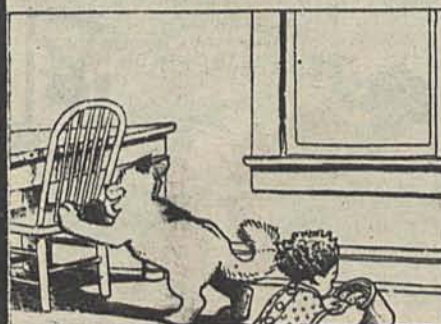
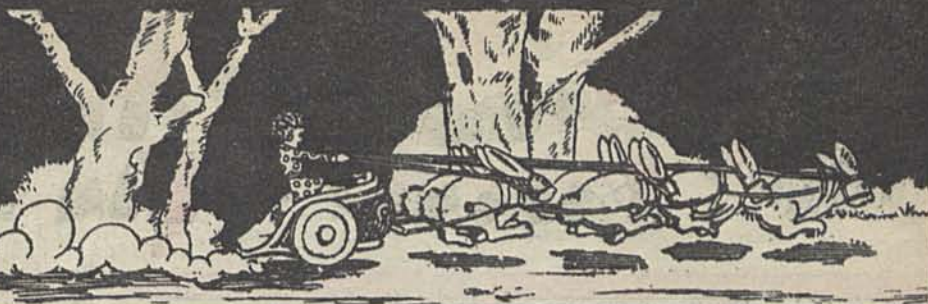
¡Iba ya a montar, cuando se detuvo mirando a Jorge y Harris.

—¿Y Turner, que acompañaba a Hills? ¿Vamos a abandonarle en poder de los *síoux*? ¿Un hombre tan valiente y tan popular en la pradera? ¡No; sería una infamia, y yo no cometeré semejante vileza! ¿Que os parece, compañeros?

— 15 —

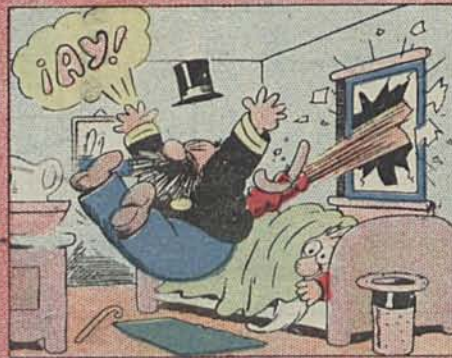
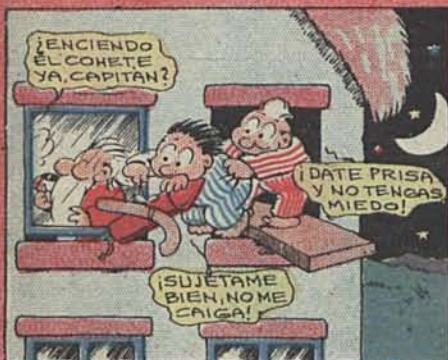


# ANITA BUEN- CORAZON





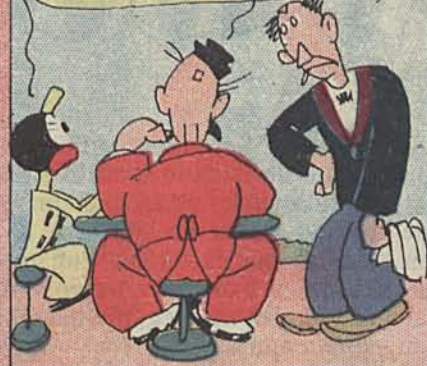
# LA TORMENTA Y EL COCIÓN HATAÑAS DE TIN Y TÓN





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHÉ Y D. TURULATO

¿QUÉ VAN A TOMAR LOS SEÑORES?  
YO, PATATAS FRITAS, CON SIFÓN  
UN SERVIDOR, CHOCOLATE  
CON PICATOSTITOS  
¡QUÉ CURSIERES, NIÑO!



ESTE TÍO TIENE CARA DE "CHIFLAO".  
¡MIRE USTED QUE TOMAR PATATAS  
CON SIFÓN! ¡LOS HAY COMO MAN-  
TAS!



¡ATIZA! ¡POR ALLÍ VIENEN ESAS SI-  
TE NIÑAS GEMELAS QUE NOS HACEN  
BURLA TODOS LOS DÍAS.

¡DEJALAS VENIR!

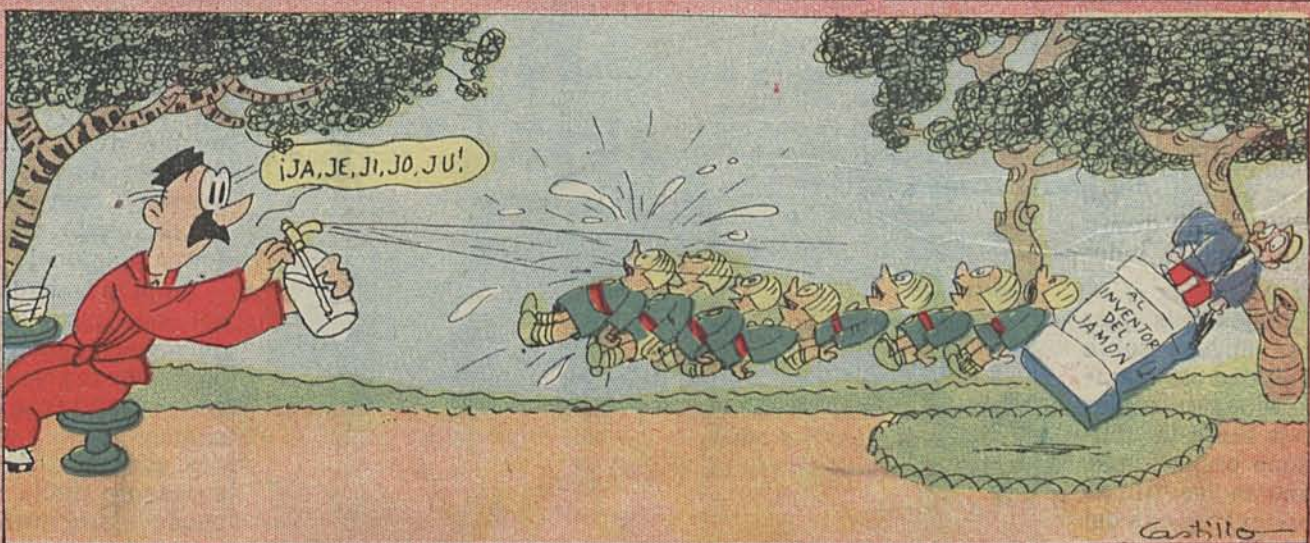


¡JA, JA!  
¡JE, JE!  
¡JI, JI!  
¡JO, JO!  
¡JU, JU!

¡MIRAD, NENAS! ¡ROSA CASA Y QUE  
OS HAGAN UN BIBERÓN A CADA  
UNA Y A DORMIR



¡JA, JA!  
¡JE, JE!  
¡JI, JI!  
¡JO, JO!  
¡JU, JU!



¡JA, JE, JI, JO, JU!





## UNA VISITA A FLORENCIA

En el silencio de la noche se oyeron dos sonoras palmadas. El camarero del aerobús al oírlas contestó con un «¡Ya voy!», y a poco este camarero se dirigió diligente al camarote de Corretón que era de donde había partido el ruido.

Corretón, al ver entrar al camarero le dijo: No te llamaba, Silesio, es que acabo de darle a Tín dos bofetadas de calidad extra. Puedes retirarte, y aunque oigas más «tortas» no te molestes en venir.

La cosa no era para menos. En el frasco de la quina con que se lavaba las barbas el pobre capitán, le había echado el nene Ton una mezcla de cemento, cola y sindeticón que le había dejado las hebras de sus bigotes y de su poblada barba hechas un bloque de granito. Y como Ton había desaparecido, recibió las bofetadas Tín. Cuando dos se quieren bien con uno qué se lleve las «tortas», basta.

Y mientras este sonado incidentillo ocurría, el aerobús se deslizaba majestuosamente por el cielo que cubre la bella ciudad italiana de Florencia.

— Era de noche y la ciudad presentaba un aspecto fantástico por los miles de lucecitas que marcaban los cauces de sus calles y plazas.

Al siguiente día descenderían los viajeros a visitarla, pero era preciso que antes el sabio buho les anticipase algunas noticias sobre lo que iban a ver.

Solicitaron, pues, los viajeros su palabra y el buho, tan complaciente como siempre habló y les dijo:

Estamos, mis queridos amigos, sobre una ciudad de maravilla. En cualquier rincón de esta antiquísima población se acumulan las obras arquitectónicas del más refinado arte.

El centro de la actividad florentina radica en la Plaza del Duomo (Duomo en italiano toma la significación de catedral). Es una ancha plaza que conserva todo el aspecto de la Edad Media. La iglesia de Santa María se alza en una de sus fachadas, construida exteriormente con mármoles blancos y negros. A la izquierda de la fachada se alza un elegante campanario que termina en esbelta aguja.

En la misma plaza hay dos obeliscos de mármol asentados cada uno sobre cuatro tortugas de bronce.

A poca distancia de esta plaza está el famoso Baptisterio, dedicado a San Juan, y que aparece emplazado en el centro de una explanada. Este monumento es una iglesia de forma octogonal, cada uno de cuyos lados aparece ornamentado con magníficos grupos. Las puertas son todas admirables. La más bella de todas, de bronce como las demás, es obra de Ghiberti, y representa diez escenas de la Historia Sagrada, todas en bajorrelieves, admirables muestras de perfección y de técnica.

Las paredes del Baptisterio están revestidas exteriormente de mármol blanco con preciosos dibujos ornamentales de mármol verde. En el interior se aprecian maravillosas combinaciones en que armonizan los mármoles y mosaicos más raros.

La leyenda asegura que esta iglesia fué en su origen un templo dedicado a Marte, dios de la guerra. Y bien pudiera ser cierto por su forma poligonal.

Toda la fachada es del más puro estilo del Renacimiento, cubierta de mármoles con incrustaciones negras, rojas y verdes, causando el más agradable efecto que puede imaginarse, pues la riqueza







decorativa es del mejor gusto. La cúpula tiene forma de cruz como la de las catedrales góticas y su interior está decorado con valiosos frescos y cuadros.

Dentro del Baptisterio hay también muchos monumentos funerarios y conmemorativos.

El coro, que en su origen estaba esculpido en madera fué reemplazado por otro de mármol.

A la hora en que el sol ilumina el interior del Baptisterio se disfruta de un espectáculo maravilloso pues los rayos solares a través de las vidrieras de color dan al templo un fantástico aspecto.

El campanario es obra de Giotto. Está aislado del Baptisterio y ornamentado con multitud de bajorelieves. Algunas esculturas representan escenas profanas, tales como «El progreso del mundo», «Las siete artes libres de la antigua Grecia», etc.

En la misma plaza está la Loggia del Bigallo de atrayente aspecto. En su fachada se admiran algunos frescos y esculturas ya desgastados por la acción del tiempo.

Desde esta plaza se ve al fondo de una estrecha calle la pintoresca plaza de la Señoría, pero antes de llegar a ella cruzaremos la moderna de Victor Manuel en cuyo centro se alza un monumento ecuestre de este rey.

Después encontraremos el Palacio Viejo, gris y sombrío, de líneas severas y bellas; de él arranca una torre de casi cien metros de altura con un gran reloj en su parte más baja. En este palacio han tenido lugar los acontecimientos históricos más importantes de Florencia.

A la derecha de este palacio se encuentra la Loggia de los Lanzi en la cual abundan las estatuas y grupos escultóricos. Entre ellos es de los más admirables el célebre Perseo, de Cellini, que aparece con un brazo extendido sosteniendo la cabeza cortada de Medusa y en la otra mano la espada con que la decapitó, apareciendo el cuerpo bajo sus pies. También es notabilísimo el grupo titulado el Rapto de las Sabinas, de Juan de Bolonia.

A un lado de la plaza admírase la hermosa fuente

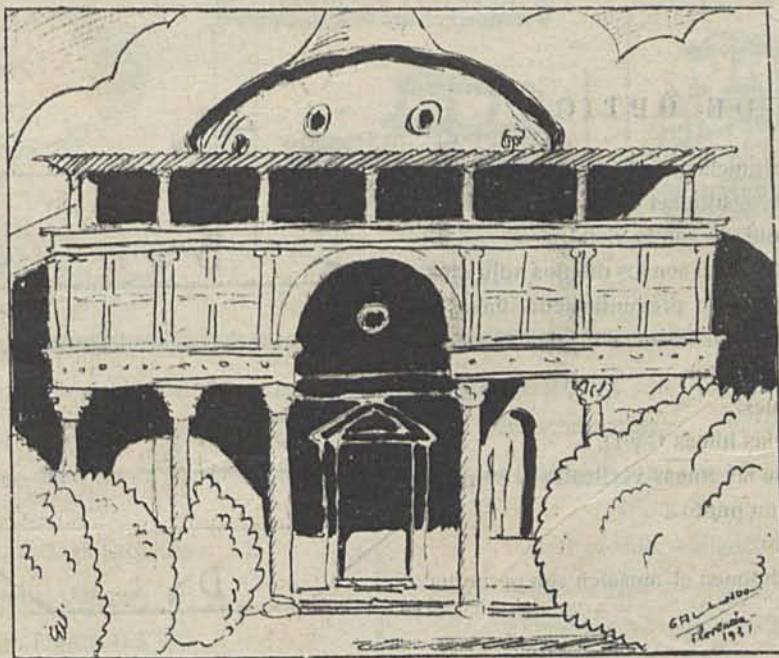
de Neptuno. Los tritones, los caballos y el dios son obra de Ammanati. Los cuerpos de los sátiros de bronce, patinados por el tiempo, parecen vivientes.

En otro lado de la plaza se encuentra la famosísima Galería de los Oficios.

Miles y miles de turistas que pasan por Florencia se detienen largas horas en este valiosísimo museo.

Para describir todos los cuadros y esculturas que allí se encierran se necesitaría un voluminoso libro.

Dejando la Galería y después de haber subido un piso se pasará por debajo de un puente que termina en el Palacio Pitti, segundo museo de Florencia.



En cuanto al puente es el famoso Puente de los Orfebres, el más viejo de la ciudad, pues data del año 1345. Muy pintoresco porque sobre él hay construidas pequeñas casas. Una graciosa arcada corre entre estas casitas para unir la Galería de los Oficios con el Palacio Pitti. Por debajo corren las aguas del anchuroso río Arno. En aquellas pequeñas viviendas viven, trabajan y mueren los orfebres de Florencia. En el interior de la galería que cruza el puente se encuentran pequeñas tiendas con los más caprichosos

objetos de orfebrería.

Y todo en Florencia es viejo; todo se siente aplastado por la masa del tiempo.

En esta ciudad donde la Historia y el Arte tienen tanto abolengo vivieron hombres tan célebres como Dante, Américo Vespucio, Leonardo de Vinci, Maquiavelo, Benvenuto Cellini, Boccaccio, Ghiberti y otros.

En esto sonó un silbato. Era la señal que daba Pinocho para que todo el mundo de a bordo del aerobús se retirase a dormir.

A la mañana siguiente descendería la familia pinochista a Florencia y vería con sus ojos lo que el buho les había anunciado con su charla.





# PARA PASAR EN RATO



## LOS MALDITOS NUMEROS

Los números no sirven únicamente como muchos creen para que se le ponga a uno la cabeza hecha un bombo, no.

Los números cuando se combinan artísticamente pueden dar asombrosos resultados.

Aquí tenéis una muestra de que la afirmación que hago no es gratuita.

¿Véis con que facilidad se pueden dibujar dos caras sin saber dibujar?

## EFFECTOS DE ÓPTICA

La vista nos engaña con muchísima frecuencia, Lo que se nos antoja de una forma resulta ser después de otra.

¡Hay que tener mucho cuidado con la vista!

Ejemplo fehaciente de mi aserto son los dibujos adjuntos

Si a cualquiera de vosotros le preguntan cuál línea le parece mayor si la línea A o si la línea B, seguramente contestará que la A... ¡Error craso!

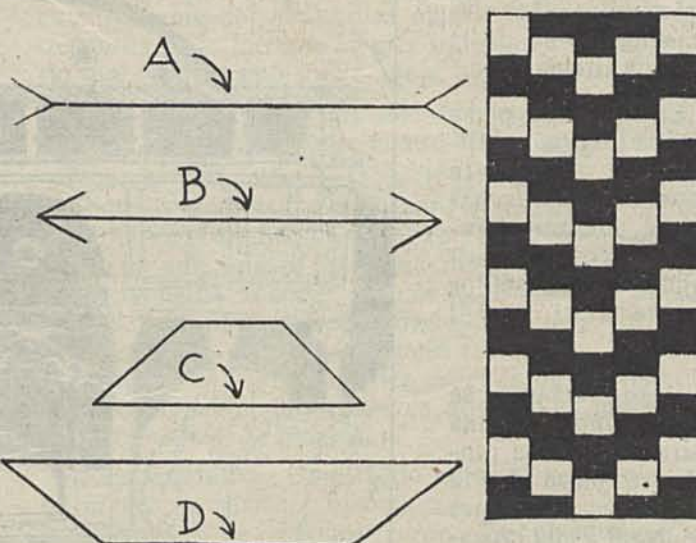
¡Las dos líneas son iguales!

Lo mismo acontece con las líneas C y D.

En el mosaico parece que las líneas verticales si se prolongan an convergerían en un punto...

¡Lamentab le suposición!

Todas las líneas que componen el mosaico son perpetua y perfectamente paralelas.



## EL DETECTIVE MISTER GOMEZ

Ya está aquí otra vez el célebre detective mister Gómez con sus no menos célebres transformaciones.

Es un hombre polifacético y tiene más caras que el difunto Lon Chaney.

En el presente momento nos presenta dos de sus creaciones.

Una la que veis y otra la que veréis... dando la vuelta al dibujo, poniendo a mister Gómez boca arriba.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



¡Viva Valencial.—Francisco Galindo



Un jugador  
J. Ruiz L.



Paisaje nevado  
María Gloria García



La casa de Pinocho  
María Gloria García



Una niña bien  
María Sesma



Ton.—Vicente Zalve



El auto de don Turu  
Amparo S. Miguel



Un castillo.—María Sesma

### Concurso de problemas y pasatiempos

#### del mes de Mayo

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Antonio Gálvez Mango.

Segundo premio.—Miguel Garriga.

Tercer premio.—Emilio Fernández.

Cuarto premio.—Ricardo de Zavala.

Quinto premio.—Angel Casero de Silva.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Manuel Vilches, Amparo S. Miguel, Jesús Jiménez Albéniz, M.<sup>a</sup> Gloria García, Adelaida Fernández, María Sesma, Pepito García Marugán, Pepe Arconada, Luis Muñoz, Paulina Raimundo, Elías Almabuy, Rosario Tronado, Luis Hernández Pons, Luis Camacho y Sofia Astudillo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

### Premios a la colaboración pinochista

#### del mes de Mayo

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Miguelito Estévez.

Segundo premio.—Purita Hergueta.

Tercer premio.—Jaimito Klapp.

Cuarto premio.—Pedrito Areitio.

Quinto premio.—Julia Donday.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Juanito de la Serna, Odón Morales, Aurora Carrasco, Isidro Martín, Una argentinita, Paco Pino, Sebastián Villar, J. Alvarez Cascos, Manuel Fernández, Alfredo Martínez, Elena Ferrer, José Díaz Reguilón, Cecilio Callejo, Julián Sancho, Esperanza Villaescusa, José Galdona, Ester Sales y Alejandro Morán.



# CONCURSO DE PASATIEMPOS



## DIBUJO CON ERRORES



En el presente dibujo hay nueve errores, nueve errores como nueve casas de grandes, nueve errores que demuestran el género de guillardura que padece el dibujante que ha hecho el dibujo. Uno de los errores es el de poner, al caballero que se está limpiando los zapatos, con la cinta del sombrero partida. ¿Cuáles son los otros ocho errores?

## EL HUÉSPED



Estos simpáticos animalitos están tan peripuestos y arreglados porque esperan la visita de un ilustre huésped. Si queréis saber antes que ellos cómo es este huésped unid los números con líneas empezando en el 1 y siguiendo el orden correspondiente y la solución vendrá sola.



Un toro sevillano iba de paseo por una dehesa cuando vió en la lejanía un chivo, un conejo y un pavo. Aunque el toro era valiente se escondió ante la maleza para evitar cuestiones y dejó pasar a los tales animalitos. ¿Sabréis vosotros dónde está el toro?



# GRAN CONCURSO

DE

# CUENTOS INFANTILES

**PINOCHO** abre un CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES entre todos los pinochistas que se cerrará el día 31 de Diciembre de 1931, con arreglo a las siguientes

## B A S E S

- 1.<sup>a</sup> Los cuentos habrán de ser rigurosamente originales e inéditos y tendrán una extensión equivalente a uno de los CUENTOS DE CALLEJA que se publican en esta revista. Habrán de tener carácter exclusivamente infantil y ajustarse en su fondo y forma a las normas de moralidad y buen gusto. Podrán enviarse con o sin ilustraciones.
- 2.<sup>a</sup> Cada cuento que se envíe al Concurso deberá acompañarse de 20 cupones de los especiales que se publicarán para este Concurso.
- 3.<sup>a</sup> El fallo del Concurso se dará a conocer en el mes de Febrero de 1932.
- 4.<sup>a</sup> El jurado lo formarán Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Rafael de Penagos, José Zamora, Enrique Castillo y Federico Galindo.
- 5.<sup>a</sup> Se adjudicarán 20 premios consistentes en lotes de preciosos libros de cuentos de la "Editorial Saturnino Calleja S. A." por un valor total de más de

**1.000 PESETAS**

Habrán dos primeros premios, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y dos quintos.

Además se concederán otros 20 accesits con otros tantos lotes de premios  
El detalle de todos los lotes se dará a conocer en el n.º 348 de PINOCHO

- 6.<sup>a</sup> Todos los cuentos premiados (incluidos los accesits) se publicarán en PINOCHO con ilustraciones, bien de sus propios autores, bien de la redacción de la revista.  
En la cabecera de cada cuento se publicará el retrato de su autor a cuyo efecto los que resulten premiados deberán enviar su fotografía.
- 7.<sup>a</sup> La publicación de estos trabajos se hará sin que la redacción de PINOCHO haya de satisfacer por ello ningún pago.
- 8.<sup>a</sup> Los trabajos que se envíen para este Concurso deberán cursarse en sobre cerrado, debidamente franqueado y dirigidos en esta forma:

Para el Concurso de Cuentos Infantiles de **PINOCHO**

Calle de Valencia, núm. 28. -- MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# Sección Pirula

Charles de Pirula... tapicera

## Los asientos improvisados

Dejamos a Lulú preocupadísima, pensando en la manera de fabricar asientos que fuesen dignos de figurar en su cuarto,

al lado de su magnífico armario de luna.

No se trata, naturalmente, de fabricar sillas con el asiento de enea o de rejilla, de cuero o de madera, sillas vulgares, sillas, en fin, como todas las sillas.

Para fabricar esas sillas corrientes, no valdría la pena de ser una Pirulinda, ¿verdad?

Sin contar que—sea dicho sin mengua para el talento carpinteril de mis Pirulindas—me sospecho que la confección de una silla corriente, es más seguro encomendársela a un carpintero de «verdad». ¿Qué os parece?

No; los asientos para el cuarto de Lulú van a ser mucho más originales que todo eso. Y un poquito más fáciles de fabricar. Un poquito más fáciles y «un muchito» más económicos, por

grandes motivos, con gruesa lana. A lo largo de los ángulos del cajón, conviene clavar un galón o una tira de tela lisa, con unos clavitos de tapicero, de esos de cabeza dorada, que constituyen un adorno más.

En fin, como es de temer que el asiento de madera resulte



algo duro y, por lo tanto, poco grato para... la parte del cuerpo que haya de sentarse, no estará de más confeccionar una almohada plana, que tenga exactamente las dimensiones del asiento y que haga a éste más mullido.

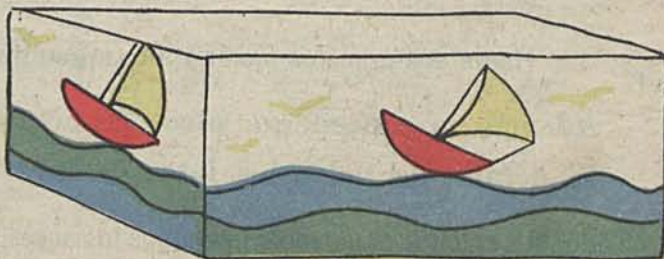
## DEL SAQUITO DE PIRULA

Mis Pirulindas están todas —¿quién lo duda?—admirablemente educadas. Y esta buena educación la demuestran, más que nada, en la mesa.

Las reglas corrientes del bien comer, claro está que las saben todas: ninguna Pirulinda cometería la grave incorrección de cortar su pan con el cuchillo, ni de rebañar el plato con pan, ni de tocar una chuleta con los dedos, ni, hallándose invitada, o sea comiendo fuera de su casa, doblaría su servilleta después de comer como diciendo: «Espero que me volverán ustedes a invitar otro día y para entonces dejo mi servilleta doblada.»

Pero a pesar de tan perfecta educación, hay algunos detalles que no saben todas las Pirulindas... ni muchas que no son Pirulindas, tampoco. Por ejemplo, ¿verdad que el pelar y cortar algunas frutas es a veces un problema?

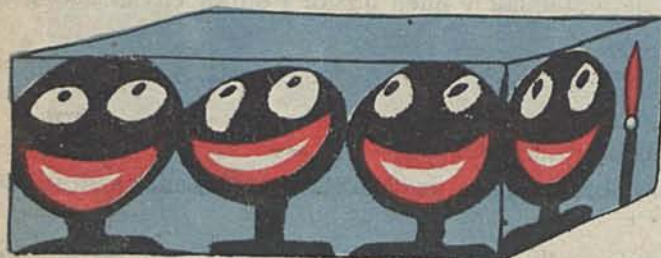
Las peras y las manzanas, se cortan primero, utilizando naturalmente el tenedor y el cuchillo de postre—, el tenedor no



es menos necesario para la fruta que para la carne—en cuatro gajos.

Para comer una naranja, lo mejor es cortarla por la mitad; luego se cortan en cuatro cada una de estas dos mitades y, siempre valiéndose de tenedor y cuchillo, se arranca la cáscara de cada trozo.

Los plátanos no deben nunca tocarse con el cuchillo; cuando se está en familia puede separarse la cáscara sin quitarla del todo y, teniendo el plátano entre los dedos, por su base, morder directamente en él, pero lo más correcto es arrancar sólo una tira de cáscara; (claro que la cáscara, si se toca con el cuchillo) luego dejar el plátano en el plato y, con el tenedor, ir cortando trozos. En fin, el melón, una vez que os dan la raja cortada, y después que separais la cáscara, tampoco debe cortarse con el cuchillo, sino partirse con el tenedor solamente. Las únicas frutas que pueden comerse con los dedos, además de las frutas secas—almendras, pasas, nueces, etc...—son las cerezas y las uvas.



supuesto. Estos asientos están hechos con cualquier cajón ordinario de madera, cuadrado, o rectangular, de esos que pueden comprarse a bajo precio en las tiendas de comestibles.

Y para nada ha de intervenir en su transformación ni un carpintero, ni los talentos carpinteriles de mis Pirulindas.

El cajón se utiliza tal cual está; ni siquiera hace falta cepillar la madera que ha de ir enteramente forrada.

No la forraremos con brocado ni con terciopelo, que son tejidos que para nada tienen por qué entrar en el cuarto de una Pirulinda. La forraremos con simple arpillera; y hasta podemos muy bien utilizar—aprovechando nuestra visita a la tienda de comestibles—un saco de patatas descosido.

Se forran con arpillera las cinco caras del cajón; y digo las cinco, porque es de suponer que no tiene tapa, que se habrá roto al desclavarla; por lo cual será preciso, naturalmente, colocar el cajón boca abajo.

Ya forrado el cajón, no falta más que decorarlo. La decoración depende de la voluntad—y del gusto—de cada Pirulinda.

Por ejemplo, puede pintarse en la arpillera cualquier motivo muy sencillo que resaltará maravillosamente a poco que se haga en tonos fuertes. También pueden aplicarse anchas flores, recortadas en un trozo de cretona estampada. O bordar—claro que esto habría de hacerse antes de forrar el cajón—

